

No está en nuestro ánimo agotar el tema en los reducidos términos de un artículo editorial. En más de una oportunidad hemos dicho que la polémica ideológica es un importante factor en la educación política de las masas, y enfrentado, como lo está hoy, el movimiento popular chileno a tareas de extraordinaria trascendencia histórica, se hace necesario, como nunca, el esclarecimiento de las cuestiones ideológicas y políticas en el desarrollo del socialismo.

El Programa del partido comunista de la Unión Soviética, aprobado en el XXII Congreso de octubre último, hace afirmaciones con respecto a la estrategia y táctica de la política comunista que vale la pena analizar y, en este caso, comentar brevemente, sin perjuicio de un examen más profundo de la materia. Se ha dado al mencionado Programa una amplia divulgación y, en consecuencia, tanto más interesante resulta estudiar su contenido.

El Programa dice (pág. 33, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961) que "la clase obrera y su vanguardia, los partidos marxistas-leninistas, prefieren efectuar el paso del Poder de manos de la burguesía a manos del proletariado por vía pacífica (en cursiva en el texto), sin guerra civil. La realización de esta posibilidad respondería a los intereses nacionales. ¿son, acaso los "intereses nacionales", los intereses de las burguesías nacionales? del país".

Un poco más adelante, en la página siguiente, el Programa plantea la otra alternativa: "Cuando las clases explotadoras recurren a la violencia contra los pueblos, es preciso tener presente la posibilidad del paso no pacífico al socialismo (en cursiva en el texto). El leninismo enseña que las clases dominantes no ceden el Poder voluntariamente (si es así, ¿por qué se planteó la primera alternativa?). En tales condiciones, el encarnizamiento y las formas de la lucha de clases no dependerían tanto del proletariado como de la resistencia que los círculos reaccionarios opongan a la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo, de si esos círculos recurren a la violencia en una u otra etapa de la lucha por el socialismo".

Todo el párrafo está sujeto o, mejor dicho, sobre todas las ideas expresadas en el párrafo cae la sombra de plomo de las cláusulas condicionales: "Cuando las clases explotadoras recurren...", "no dependerán tanto del... como de la..." "si esos círculos recurren..." Lo que se desprende, tan claro como la luz del día, es que la iniciativa para "el paso no pacífico al socialismo" está siempre, según el Programa del PCUS, en manos de la clase explotadora, es decir, de la burguesía. En consecuencia, no es que la clase obrera "y su vanguardia" prefieran la vía pacífica. Lo que ocurre es que "las clases dominantes no ceden el poder voluntariamente", y en este evento, la clase obrera debe aceptar (porque preferir es inclinarse la voluntad hacia una de varias alternativas dadas de antemano, sin intervención del sujeto), no busear, no impulsar, no provocar, la "posibilidad del paso no pacífico". En el Programa se opone a la vía pacífica el paso no pacífico y no puede dejar de llamar la atención el matiz eufemístico del calificativo. ¿Acaso el "paso no pacífico" no corresponde, exactamente, a lo que podríamos llamar con mayor propiedad "paso revolucionario"?

Para justificar la tesis de la vía pacífica, el Programa afirma que "la clase obrera puede derrotar a las fuerzas reaccionarias, conquistar una mayoría estable en el Parlamento y convertir éste, de instrumento al servicio de los intereses de clase de la burguesía, en instrumento al servicio del pueblo trabajador..."

El Parlamento debe ser considerado, objetivamente, como el órgano de la dictadura de la burguesía. Creer que, en las condiciones del Estado burgués, puede el Parlamento transformarse en "instrumento al servicio del pueblo tra-

bajador" es una ilusión grotesca. Esta es la ilusión que condujo a la socialdemocracia europea, estigmatizada en otras páginas del Programa, a las más trágicas derrotas del movimiento obrero y su dirección política. Y sobre esto no hay discusión ni siquiera con el programa mismo del PCUS, ya que cinco páginas antes había dicho luminosamente: "La dictadura de la burguesía se expresa también en que se pisotea brutalmente la voluntad de los electores. Cuando la burguesía ve que los trabajadores, ejerciendo los derechos que les otorga la Constitución (en realidad, se trata de derechos otorgados a la "clase" de los ciudadanos, porque la gran masa de los trabajadores campesinos analfabetos y los trabajadores menores de 21 años no gozan de tales "derechos"), pueden elegir a los órganos legislativos un número considerable de defensores de sus intereses, hace desfachatadamente lo que quiere del sistema electoral, limitando de modo arbitrario el número de representantes de los trabajadores en el Parlamento".

Este párrafo, que califica a la burguesía de "brutal y desfachatada" y presenta los hechos en su más descarnada y concreta realidad, no parece haber sido escrito por la misma mano tímida, recatada, que no supo encontrar otro adjetivo más directo, más claro, más duro, para el paso "no pacífico" al socialismo.

Además, este último párrafo es consecuente con la afirmación, constatada por el leninismo y la experiencia histórica, de que "las clases dominantes no ceden el poder voluntariamente".

El papel de la clase obrera y su vanguardia, es decir, los partidos dirigentes del movimiento popular, de la acción política del pueblo trabajador, no puede quedar reducido, simplemente, a "preferir" la vía pacífica, o en su defecto, aceptar "la posibilidad del paso no pacífico".

Esta manera de plantear las alternativas, sin siquiera atreverse a definir los caracteres del paso revolucionario al socialismo, configura los elementos básicos de una estrategia para la defensiva. La materia adquiere una importancia cardinal justamente en aquellos países que están contemplando y, en cierto modo, sobreviviendo al derrumbe del régimen feudal-capitalista, y cuyas clases trabajadoras, obreras y campesinas, buscan ansiosamente una solución socialista y revolucionaria.

Además, el leninismo, si entendemos por tal el comportamiento directo y agresivo del partido bolchevique en la Revolución de Octubre, y la experiencia histórica, por ejemplo, los guerrilleros de la Sierra Maestra, prueban precisamente todo lo contrario.

El desarrollo del proceso social, que cada día señala un paso más hacia adelante para las fuerzas socialistas y un paso hacia atrás para el imperialismo, indica que la clase obrera y su dirección política deben mantenerse siempre a la ofensiva, deben ser quienes establezcan las condiciones de la batalla que, finalmente, aniquilará a la burguesía. La lucha de clases que, concretamente, es lucha, se desarrolla en términos de acción revolucionaria, porque a la agresión constante de la burguesía contra los intereses económicos y políticos del pueblo trabajador, éste contraataca vigorosamente liquidando de hecho los intereses de la burguesía y arrebatándole el poder político.

La gran fuerza creadora y orientadora del Manifiesto Comunista de Marx y Engels surge, espléndida, de la claridad sorprendente de sus afirmaciones, de su sencillez, de su precisión, de que llama a las cosas por su nombre. Todo documento programático, que expone las aspiraciones fundamentales y las líneas básicas de la estrategia política de un partido de la clase obrera, debe inspirarse en esa tradición insuperable. Usar formas de expresión que debilitan la pugnacidad de las ideas, conjugar afirmaciones contradictorias en un proceso dialéctico que resulta confuso y perturbador, no es lo más saludable para revestir de seriedad, y muchas veces de dogmática seriedad, a un Programa que pretende guiar la acción política de millones de trabajadores, en todo el mundo, en su lucha por la instauración y desarrollo de la sociedad socialista.